

EL CUENTO EN EL CAMBIO DE SIGLO: DEL IDEAL REFORMISTA AL DESENCANTO

La compleja realidad socio-política de la España de finales del siglo XIX y principios del XX suscitó vivas reacciones entre los intelectuales de la época. Se recordará al respecto que los años de la Restauración y la Regencia vinieron marcados por el sistema de turnos ideado por Cánovas, según el cual el partido que este lideraba, el liberal-conservador, se alternaba en el poder con el liberal dinástico encabezado por Sagasta. Si bien dicha modalidad política favoreció el desarrollo económico del país –su industrialización–, no fue capaz, en cambio, de resolver el problema agrario ni de educar a las masas en los principios democráticos (Granjel, 1966: 33-34). A las dificultades económicas y sociales vino a añadirse la crisis provocada por la guerra colonial y la pérdida de Cuba y Filipinas en 1898.

Como apunta Mainer (1972: 33-34), la política de la Restauración acabó fracasando porque no llegó a cubrir las esperanzas del proletariado rural, víctima del caciquismo y la oligarquía, tampoco del naciente proletariado industrial y ni mucho menos de la pequeña burguesía, decepcionada ante la situación española por hallarse esta muy lejos de la III República Francesa, la Italia de Víctor Manuel, la Inglaterra victoriana o la Alemania de Bismark. La Restauración –prosigue Mainer (1972: 34)- «no supo crear en España (...) ni un nacionalismo atractivo, ni un laicismo eficaz ni un sistema de educación estatal, ni un programa de obras públicas, ni una revitalización de las regiones», una inoperancia que se fue haciendo cada vez más evidente y que en la última etapa del periodo terminó derivando en el

desmantelamiento del orden de gobierno creado por Cánovas del Castillo, cuando Maura y Canalejas –herederos del bipartidismo de la Restauración– dejaron de seguir las directrices de sus precursores.

En este contexto se enmarca el movimiento, a menudo de índole más moral que política, conocido como *regeneracionismo* y que tiene como centro el problema de España y la búsqueda de soluciones a los males nacionales. Se relaciona con las distintas formulaciones, más o menos extremas, derivadas de la revolución burguesa que algunos artistas abrazaron con entusiasmo (como ejemplo: la fugaz militancia de Unamuno en el Partido Socialista o la inicial adhesión de *Azorín* al anarquismo), aunque, en general, se vincula a opciones políticas dentro del turno de partidos, cuyas propuestas no alcanzaron a detener la crisis. Son muchos los autores que plasmaron en sus obras las inquietudes regeneracionistas, pertenecientes a las distintas promociones en activo, como los integrantes de la generación realista (Juan Valera, Pérez Galdós, Leopoldo Alas, Emilia Pardo Bazán), los epígonos del modernismo (*Silverio Lanza*, José Nogales y Manuel Bueno) y de una manera muy particular los escritores modernistas (tradicionalmente asociados al espíritu del 98), empezando por Lucas Mallada, con su libro *Los males de España* (1890), que expresó muchas de las preocupaciones generacionales, y sobre todo Joaquín Costa, cuyos planteamientos (especialmente en *Oligarquía y caciquismo*, 1901) fueron asumidos por un número importante de narradores del momento, entre ellos Ángel Ganivet, Ramiro de Maeztu, Ricardo Macías y Rafael Altamira.

El impacto del regeneracionismo fue de tal relieve que los cuentos que se sitúan en su órbita constituyen una de las líneas más importantes del relato cambiosecular cultivado por la juventud literaria y los autores afines a esta. En algunos casos persiguen casi exclusivamente la comprensión de los problemas nacionales, inscribiéndose en lo que Romero Tobar (1977: 139-140) ha denominado la tendencia pragmática del regeneracionismo literario, ya que la obra tiene como principal objetivo la denuncia de la realidad social y política, así como la propuesta de reformas concretas (Trigo, Nogales); en otros casos –seguramente los más interesantes– el espíritu regeneracionista adopta una formulación más simbólica, caracterizándose por un mayor ahondamiento del costumbrismo local y la descripción de los pequeños hechos de la vida comunitaria (la intrahistoria unamuniana), a cuya tendencia se adhiere un buen número de autores de la joven generación (o en la estela de esta), como *Silverio Lanza*, José Martínez Ruiz *Azorín*, Baroja, Unamuno o los hermanos Machado.

Los males de la nación y el problema de España

La literatura regeneracionista reacciona ante la corrupción del sistema político de la Restauración; la incapacidad de la clase dirigente para poner remedio a los males del país; la abulia, la infravaloración del trabajo o la picaresca, entre otras 'inercias' colectivas; la mitificación de un pasado nacional tan irreal como heroico (Pedraza y Rodríguez, 1982: 131-132). La denuncia de las desigualdades y la explotación que padecen los humildes es, en consecuencia, uno de los *leitmotiv* de estos textos, en los cuales se conjugan diversos puntos de vista, desde el nihilismo de Pío Baroja al determinismo social de resabios naturalistas de Joaquín Dicenta, y en los que casi siempre se aprecia una marcada tendencia al pesimismo.

En el caso de Baroja, la actitud crítica es de carácter fundamentalmente moral, trascendiendo los aspectos de la realidad inmediata, ya que en la obra de este autor domina «la concepción negativa de la vida y el mundo debido a la omnipresencia del dolor y la tristeza, el desamparo en el que se halla el hombre por la despreocupación de Dios, el absurdo de que todo carezca de sentido, y la vaciedad y monotonía de multitud de existencias como consecuencia de la falta de fe en el porvenir» (Arregui Zamorano, 1998: 152). Prevalece sin embargo la piedad hacia aquellos que más sufren –y no solo desde una perspectiva filosófica sino también estrictamente social-, como la que en «Bondad oculta» (*Vidas sombrías*, 1900) experimenta el narrador hacia los mineros, cuyas vidas se desarrollan en condiciones infrahumanas: así, la calidad de las casas en las que viven, «hechas de adobe; viviendas de aspecto sórdido y miserable, de piso bajo solo, en las cuales parecía haberse economizado hasta el aire al construirlas; tan pequeños eran los agujeros de sus ventanas» (Baroja, 1900: 3). Frente a esta situación, el representante de la Sociedad –inicialmente caracterizado como un viejo presuntuoso- y Julia, su ambiciosa compañera, disfrutan de una existencia privilegiada, hasta que empiezan a sentir compasión por sus semejantes más desfavorecidos cuando la mujer decide cuidar a los hijos de los mineros, enfermos de viruela, y convence a su amante para que suba el jornal de los trabajadores y abarate los productos del colmado. Con su expulsión de la Sociedad al final del relato, los protagonistas acaban integrando el mundo de los desheredados, pero, a cambio, redescubren la humanidad que una vez habían perdido, redimiéndose desde el punto de vista social y existencial.

También Manuel Machado en alguno de sus cuentos aborda el tema de la desigualdad social, especialmente en «El saber de la miseria» (1903),¹ donde aparece retratada la cara más amarga de la ciudad, la de los niños mendigos que duermen bajo los soportales de la Plaza Mayor.

Los relatos de Joaquín Dicenta se inscriben ya plenamente en la literatura de tesis; aparecen recogidos en varios volúmenes: *Tinta negra* (1892), *Cosas mías* (1898), *Cuentos* (1900), *La finca de los muertos* (1904) y *De la vida que pasa* (1914). En ellos el componente ideológico asume un papel tan central que a menudo resulta imposible discernir dónde acaba la crónica y dónde empieza el cuento; las digresiones, extensas y portadoras de un mensaje explícito de denuncia, contribuyen también a desdibujar los límites entre los géneros. En «El modorro» (*Dinamita cerebral*, s. a.)² Dicenta critica duramente las condiciones laborales de los humildes, al referir la historia de explotación y abuso –tantas veces repetida– de una familia que malvive con la exigua pensión del marido, el cual ha quedado parálítico a causa del «modorro» (la enfermedad que destruye los pulmones de los mineros). Convertido en «un hombre reptil de por vida», «no era un error sufrido por la Naturaleza en su taller de criaturas; era un crimen cometido por la sociedad en su inquisición de ciudadanos» (en Litvak, 1982: 116), concluye el narrador, que asume las ideas de Dicenta y responsabiliza a la sociedad de la situación de injusticia que padecen los personajes. Al final, el enfermo abandona la escena y queda la estampa del hijo –un niño de apenas dos años– y el futuro que le aguarda: «Trágico monstruo de la zoología social, [el hombre] desapareció tras las tenebreces del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra los ladrillos enrojecidos por el sol, restregaba en ellos sus desnudeces de ángel rubenesco, aguardando que le tocase la hora de bajar a la mina» (en Litvak, 1982: 118).

Parecida intención de denuncia encontramos en «La epopeya de una cingara» (*Tinta negra*, 1892), donde una gitana, acompañada de sus hijos, recorre los caminos de Castilla implorando una caridad que todo el mundo le niega (resulta particularmente dolorosa la escena en la que, bajo amenaza de golpearla, nadie le permite llenar el cántaro de agua para que pueda saciar la sed del hijo enfermo); «Fin de mes» (*Tinta negra*), relato en el que contrastan dos escenas distintas, la protagonizada por los jugadores de la

¹ Aparece originariamente en *Alma Española*, 6 (13 de diciembre de 1903) y luego se incluye en el volumen *El amor y la muerte. Capítulos de novela* (1913). Cito por M. Machado (1999: 179-182).

² Se desconoce la fecha exacta de publicación de la antología *Dinamita cerebral*, la cual apareció en Mahón durante los primeros años del siglo XX (Litvak, 1982: 7). El relato «El modorro» integra la antología *El cuento anarquista*, editada por Lily Litvak (1982: 114-118), donde aparecen reproducidos algunos de los textos de *Dinamita cerebral*.

bolsa y la del mendigo que –inútilmente- pide limosna; o «Los blanqueros» (*Tinta negra*), donde el narrador observa cómo el buque Bolivia se dispone a abandonar el puerto de Valencia con dirección a América del Sur cargado de inmigrantes europeos, mientras reflexiona acerca del negocio de los contratistas, caracterizados como mercaderes de la miseria humana.

Pero si hay un autor cuya obra se propone la denuncia de la realidad del momento ese es Juan Bautista Amorós, más conocido por su heterónimo *Silverio Lanza*. Perteneciente a la generación realista, buscó la amistad de quienes encabezaban la renovación cultural a finales del siglo XIX: especialmente relevante fue la amistad que lo unió al joven *Azorín*, así como su participación en las tertulias de los modernistas, y sus frecuentes colaboraciones en las revistas del grupo, entre ellas *Juventud* y *Revista Nueva*. Gracias a su anticonvencionalismo tanto estético como ideológico atrajo a algunos jóvenes escritores del momento, sobre los que ejerció un notable influjo. En concreto, resulta llamativa la voluntad reformadora de este autor, ya evidente desde su primer volumen de narraciones, *El año triste* (1883, 3ª ed.),³ y central en la mayoría de los textos recogidos en las colecciones de relatos que publicó en vida: *Cuentos sin importancia* (1888), *Cuentos políticos* (1890), *Para mis amigos* (1892) y *Cuentos escogidos* (1908).

Los relatos de *Silverio Lanza*, de indiscutible inspiración larriana, tienen como objetivo plasmar la realidad circundante, agregando la rebeldía, la protesta y el pesimismo individual (García-Reyes, 1979: 68). Muchas veces, asumen propuestas más filosóficas que pragmáticas, como en «La muerte de la verdad» (*Cuentos sin importancia*), relato alegórico donde el narrador describe uno de sus sueños. En él el protagonista se encuentra con la verdad encarnada en una bella mujer, a cuyo paso la realidad ofrece su auténtico rostro: «Todo mudaba alrededor mío. Saltaba el chapeado de los muebles. El oro de los decorados volvióse negro. Quedaron sin brillos mis diamantes y sin color mis esmeraldas. Los candelabros me parecieron de latón, y los retratos de mis novias se partieron por la mitad» (*Silverio Lanza*, 2006: 40); visión insoportable y razón por la que el personaje acaba lanzando la verdad por el balcón, causando su muerte. En otros casos, la denuncia se hace más concreta, cuando esta ataca a las estructuras del poder. En «¿Cuál es la ley?» (*Para mis amigos*), por ejemplo, *Lanza* arremete contra los legisladores que permiten y alientan la injusticia social, aquí la que se comete con una niña, que queda sola en la calle cuando sus padres –unos humildes vendedores ambulantes- son llevados presos por el alguacil: «si el hombre

³ Con aparente buen criterio, Domínguez Rodríguez (1989: 10-11) pone en duda la existencia de la supuesta primera edición de *El año triste* que los críticos suelen citar y que dataría de 1880; si existió una sería de muy pocos ejemplares –opina este crítico-, pues de ella no hay constancia ni en la Biblioteca Nacional ni en los medios literarios de la época.

puede hacer daño a su semejante cumpliendo un deber social, ¿qué es malo? –se pregunta el narrador-. Pues el organismo de la sociedad. El habernos asociado tan absurdamente que unos hombres no pueden vivir si no perecen otros» (*Silverio Lanza*, 2006: 102).

En general, no obstante, la literatura regeneracionista no arremete contra el sistema democrático liberal; la mayoría de las veces lo que se persigue es, al contrario, reforzar dicho sistema despojándolo de sus lacras (Pedraza y Rodríguez, 1982: 132). Por ello, uno de los blancos preferidos del regeneracionismo es, siguiendo los principios costistas, la figura del cacique. Como centro y eje de la vida comunitaria política y social, y de poder casi ilimitado, el cacique fue durante mucho tiempo una de las piezas clave de la Restauración: representante rural de los grandes terratenientes, muy a menudo era el jefe político de su demarcación, además de tener una influencia determinante sobre el proletariado agrario. En el cuento-artículo «Un cacique» (*Tinta negra*), de Joaquín Dicenta, Bartolomé Pérez cuenta cuál es la base de su poder (la acumulación de la riqueza) y en qué consiste el ejercicio de su dominio:

entre unas cosas y otras, manejo yo las dos terceras partes de los votos que hay en la provincia; esos votos van donde yo digo, porque, de lo contrario... ¡figúrese usted!; el arrendatario se iría a la calle, el inquilino moroso a la calle también, y los braceros a robar o a morirse de hambre por esos caminos de Dios y de la Guardia civil. De modo que yo digo: «¡a votar!», y unos por lo que me deben, y otros por lo que puedan deberme, van como un solo hombre, y el puchero es mío (Dicenta, 1892: 236).

El control sobre los votos implica, en consecuencia, el control sobre los candidatos, a los que el cacique les asegura la elección a cambio de actuar ellos según sus dictados y voluntad una vez hayan alcanzado el poder. De esta manera, consigue adueñarse del ayuntamiento, de la Diputación provincial, de las Cortes, del Gobierno incluso. Aunque para Dicenta no todo parece estar perdido: su actitud reformadora queda implícita en el párrafo final, cuando el cacique admite que su ‘estirpe’ desaparecería si «aquí hubiese hombres enérgicos y opinión y desinterés y verdadero amor a las ideas y al país»; sin embargo, mientras se sacrifique «todo por un distrito, por un cargo político, por un triunfo electoral», mientras prevalezcan las ambiciones personales y se arroje por el balcón la conciencia, la justicia y el bien público, no habrá «más amo que yo, aunque usted se avergüence y le pese, y al país lo parta por la mitad» (Dicenta, 1892: 238).

La corrupción del sistema político fue, sin duda, una de las preocupaciones mayores de los regeneracionistas, ya que son muchos los textos que aluden a esta cuestión. Destacan, por la dureza del mensaje, algunos cuentos de Dicenta, como «Su excelencia el galón» (*Tinta negra*), en el que aparece retratado un político, que es diputado «por obra y gracia de un Ministro, amigo íntimo de una tía suya (la tía es guapa), y a haber conseguido, no en fuerza de talento, sino en fuerza de adulaciones serviles y de procedimientos menudos, una subsecretaría» (Dicenta, 1892: 94-95); «Quiero ser diputado» (*Tinta negra*), donde el narrador aconseja a un joven de provincias que desea dedicarse a la política que saque provecho de su juventud y apostura, y deje a un lado sus ideales, pues le resultará más rentable buscar un hombre de éxito al que arrimarse, casarse con la hija de este (aunque sea fea) y, una vez lograda la posición, seducir a la mujer de algún secretario o subsecretario; o «Lo que cuesta el acta» (*Tinta negra*), en el que se cuenta cómo don Antonio llegó a diputado tras ‘comprar’ sus votos al alcalde (a cambio de lograr el indulto al hijo de este, que se encuentra en la cárcel por haber matado a un rival amoroso y haber herido a la chica), al secretario (a cambio de encubrir que este ha estafado a la entidad pública) y, por último, al cura (a cambio de conseguir un buen destino para el hermano de su querida).

«Juan Bodoque» (*Cuentos políticos*), de *Silverio Lanza*, funcionaría como una síntesis, a la vez que divertida metáfora del sistema político de la época tan corrupto como impermeable a los cambios. Construido como una sucesión de fragmentos del diario *La Correspondencia*, el relato traza la increíble ascensión de Juan Bodoque, de mozo de cuerdas a poderoso millonario e ilustre marqués del Amor Propio,⁴ pasando por los diversos cargos políticos de los que a lo largo del tiempo se ha ido sirviendo para enriquecerse: primero es alcalde de barrio, luego concejal, más tarde teniente de alcalde del distrito, a continuación Delegado de Medicina, poco después diputado provincial y finalmente diputado a Cortes. Así, Juan Bodoque atesora un gran poder económico y político gracias a sus escasos escrúpulos y sus actitudes caciquiles: cuando es alcalde de barrio prohíbe a las verduleras y demás vendedores ambulantes que paseen por las calles y pregonen el género, favoreciendo de este modo al gremio de ultramarinos (y ganándose el apoyo de estos), o cuando no cumple sus promesas siendo teniente de alcalde, ya que el dinero destinado a la mejora del alumbrado

⁴ Luis S. Granjel (1966: 53-54) sugiere que la costumbre de *Silverio Lanza* de utilizar nombres simbólicos para referirse a sus personajes o a los lugares en los que se desarrolla la acción podría deberse al proceso del que fue objeto tras la publicación de su novela *Ni en la vida ni en la muerte* (1890); de los detalles de dicho proceso, que al parecer costó al escritor quince días de cárcel, solo nos ha llegado alguna que otra noticia confusa.

público lo dedica a menesteres más personales. La deformación grotesca llega a su punto álgido en el desenlace, cuando súbitamente se altera la forma del relato e irrumpe en el cuento la voz del narrador:

¡Alto! dije yo, cuando leí esta noticia [el anuncio de la boda de la hija del marqués con el duque de Tal]. ¿Es posible que el descendiente de un insigne cruzado, de un héroe de la Reconquista, de un conquistador de América y de un bizarro general de la guerra de la Independencia se case con la hija de un ciudadano que hace diecisiete años era mozo de cuadra y se dejaba atropellar por un borrico? (*Silverio Lanza*, 2006: 47).

Sigue la respuesta de un recién aparecido interlocutor, que explica los orígenes de la muchacha (que probablemente no es hija de Juan Bodoque, pues «la actual marquesa del Amor Propio, cuando era doncella de la duquesa de Cual, tenía trapicheos con su amo»), cerrándose el cuento con la irónica sentencia del narrador: «Entonces Bodoque no es un Bodoque [entre las distintas acepciones que ofrece la RAE: chichón, bulto en la cabeza]. Es otra cosa» [un cuerno, tal vez] (*Silverio Lanza*, 2006: 48-49).

La sátira persiste en muchos de los relatos de Juan Bautista Amorós, especialmente en «Los gansos políticos» (*Cuentos políticos*), donde el narrador (de nombre *Silverio Lanza*) organiza un almuerzo en su casa en el que reúne a la plana mayor del mundo de la política: invita a los republicanos Manuel Ruiz Zorrilla, Nicolás Salmerón y Francisco Pí y Margall, los monárquicos conservadores Antonio Cánovas del Castillo, Alejandro Pidal y Francisco Sivela, el monárquico fusionista Práxedes Mateo Sagasta, los conjurados carlistas Francisco Romero Robledo, Cristino Martos, General Cassola y Germán Gamazo, y el tildado de ambiguo Emilio Castelar. No desperdicia *Lanza* la oportunidad de parodiar el lenguaje de los políticos en las cartas ficticias que Nicolás Salmerón y Francisco Pí y Margall mandan al anfitrión para excusar su ausencia del almuerzo: «No sé dónde está el pueblo —dice en la suya el primero—, pero donde esté estoy yo. Y no sé dónde está. Quiero ir a comer con usted, pero no quiero. Es decir, yo quiero, pero mi voluntad no quiere. Y en este estado de fatalismo psicológico no se hace concreta la volición y...»; y el segundo: «como rechazo desde luego el principio de soberanía que dejo citado, no asistiré al banquete sino en el caso de que los presupuestos comensales pactásemos que nos convenía comer en su casa de usted» (*Silverio Lanza*, 2006: 61). El absurdo se extiende a las conversaciones de los invitados, los cuales, a medida que se desarrolla la velada, significativamente se parecen cada vez más los unos a los otros.

En «Nuevos revolucionarios» (1911),⁵ culmina la visión que *Silverio Lanza* tiene de la clase política de su época, a cuyos miembros tacha de «demagogos pensionados como reptiles, cabezas visibles de partidos de abúlicos y de asalariados que residencia la policía; ignorantes, de quienes nunca se vio una obra cultural, y que solo saben de Aritmética las artes de la sustracción, pues son capaces de quitar cinco donde no hay más que tres y, además, llevarse una para seguir sustrayendo en la casilla siguiente» (*Silverio Lanza*, 2006: 159).

En algunos casos, el estamento eclesiástico —otro gran aglutinador de poder, junto al cacique y los políticos— fue objeto de la crítica, como sucede en algunos cuentos de Jacinto Octavio Picón, incluidos en *Novelitas* (1892): «Caso de conciencia», en el que el padre Graciana aconseja a Teresa que oculte la existencia de la hija que su padre, ya viudo, tuvo con una mujer, a lo que Luisa —la otra hermana— se niega rotundamente y hace que el cura cambie de idea a cambio de una ‘limosna’ de veinticinco mil pesetas; «La monja impía», donde el señor obispo y la priora deciden expulsar a sor Gervasia de la comunidad cuando descubren que esta ha sustituido la virgen de plata de la congregación por otra hecha de plomo para pagar, con el dinero obtenido de la venta del noble metal, las medicinas que precisaban los soldados que se hallaban refugiados en el convento; «Virtudes premiadas», en el que el protagonista es un militar carlista al que «el exceso de la fe le hacía intolerante» y cuyos hijos se (des)educan en instituciones religiosas, la chica en un convento «donde pasaba lo más del tiempo entre salves y letanías, sin aprender otra cosa que un centenar de palabras francesas mal pronunciadas, y media docena de labores monjiles», y el chico en un colegio dirigido por un fraile exclaustro entre cuyas paredes

los mozalbetes pasaban la más grata existencia del mundo mascullando algo de latín, rezando mucho, desgastando las baldosas de la escuela a fuerza de jugar al trompo, y divirtiéndose en clase más que fuera de ella. De Geografía sabían que el Ebro desemboca en los Pirineos; de Historia que el apóstol Santiago bajó en un caballo blanco, y de Geometría, repetían con su maestro que la *circunferencia es una línea recta que envuelve y da vuelta al círculo* (Picón, 1892: 148).

Otra de las constantes de la literatura regeneracionista es el estudio moral de la sociedad del momento, especialmente de la clase dominante, aunque las clases bajas tampoco salen indemnes. De estas los autores cambioseculares denuncian su ignorancia y su capacidad para mimetizar los vicios de sus opresores. Algunos cuentos de Pío Baroja y de José Nogales

⁵ Aparece en la revista *Prometeo*, 30 (1911). Cito por *Silverio Lanza* (2006: 159-162).

profundizan en estos aspectos, llamando la atención sobre el pensamiento supersticioso –fruto de la incultura– que domina en las zonas rurales. Baroja se ocupa de estas cuestiones en los relatos de *Vidas sombrías* (1900), como «Marichu», «El trasgo» o «La sima»; de Nogales, merece la pena destacar «El puente de las ánimas» (1900)⁶ y «La fin del mundo» (1905)⁷, donde la perspectiva positivista se enfrenta a las creencias populares de las gentes. Por su parte, «Contabilidad rusticana» (*Cuentos escogidos*), de Silverio Lanza, denuncia la ‘maldad’ de los rústicos, que siempre tratan de aprovecharse de los demás, pues «cuando no engañan a Esaú con un plato de lentejas, matan a Abel con la quijada de cualquier funcionario» (Silverio Lanza, 2006: 147).

Pero el grupo social que recibe mayores ataques es, sin duda, el de la burguesía. Algunos autores menos politizados que Dicenta o Silverio Lanza se suman a esta crítica, conectando así con el espíritu regeneracionista, por ejemplo Gabriel Miró en relatos como «El presagio» (1909)⁸, «La lechuzca» (1911)⁹ y «Plática de amigos» (*Del huerto provinciano*, 1912), donde presenta a una burguesía provinciana y ridícula, cuyos rasgos definitorios son la hipocresía, la injusticia y el inmovilismo. Caracterizada por su ociosidad, se dedica en estos cuentos a matar el tiempo en reuniones y tertulias intrascendentes y en buscar distracciones que con mucha frecuencia desembocan en actos insolidarios y crueles. Una crueldad que a veces se ceba con los animales, por los que Miró parece sentir un especial apego: en «La lechuzca» los miembros del casino, tras disparar a esta ave, observan con regocijo cómo expira sobre el tapete del billar; en «Plática de amigos» uno de los tertulianos cuenta cómo rechazó al que fue su perro por tener este la tiña.

La hipocresía –sobre todo en cuestiones de honor y moral sexual– es otro de los grandes temas del regeneracionismo, como se aprecia en algunos cuentos de los llamados galantes, pertenecientes a Felipe Trigo, José Francés o Eduardo Zamacois, los cuales, a pesar de su evidente contenido erótico, tienen como objeto la reforma social. Dicha perspectiva intervencionista queda plasmada en la crítica a la educación tradicional que estos autores pretendían corregir y que se basaba en predicar la virtud y, al mismo tiempo, tolerar el vicio discreto. De este modo, muchos relatos regeneracionistas se aplican en la denuncia de la hipocresía social, cuestionando nociones tales como la fidelidad y la honra, como sucede en varios de los cuentos que se incluyen en *Tinta negra* de Dicenta: «La nieve», donde la amante del protagonista, que es una mujer casada, pide a este que se gane el afecto del

⁶ En *Blanco y Negro* (3 de noviembre de 1900). Cito por Nogales (1988: 111-118).

⁷ En *Blanco y Negro* (16 de diciembre de 1905). Cito por Nogales (1992: 65-68).

⁸ Se publica primero en *Heraldo de Madrid* (4 de abril de 1909) y luego se incluye en *Del huerto provinciano* (1912). Cito por Miró (1988: 195-200).

⁹ En *Los Lunes del Imparcial* (21 de agosto de 1911). Cito por Miró (1988: 177-180).

esposo para poder verse ellos más a menudo; «Un escándalo», en el que la Señora de X asiste a una representación teatral acompañada de su marido, su amante y un tío suyo que es usurero, y que, pese a su licenciosa existencia, no duda en escandalizarse por el contenido de la obra, ya que en esta la heroína deja a su cruel marido para marcharse con su amante, al que la une un cariño sincero; «Una mujer de mundo», donde la Condesa abandona a su joven amante porque teme que, con el ímpetu de sus verdes años, él acabe por delatarla; «Conjunciones», en el que tres personajes (la Marquesa, su viejo marido y Jorge, su amante), a pesar de estar en boca de todos, solo reciben de los demás cumplidos y halagos gracias a su elevada posición social:

Cualquiera que hubiese escuchado estas conversaciones, hubiera creído que los censuradores de aquel adulterio, volverían despreciativamente su espalda a los adúlteros; y, sin embargo, a medida que el grupo, origen de tan varia y justa murmuración, llegaba cerca de los que se ocupaban de criticarlo, las injurias cesaban, en todos los labios aparecía una sonrisa de afecto, los hombres se quitaban el sombrero, inclinándose cortésmente (Dicenta, 1892: 146).

En esta misma línea, hay que mencionar algunos cuentos de Jacinto Octavio Picón, como «Doña Georgina» (*Novelitas*), donde el amor desafía las convenciones sociales, y sale victorioso, o «La hoja de parra» (1911),¹⁰ en el que se describe la conversación entre una madame y su amante acerca de la necesidad de «atajar los progresos de la inmoralidad y de la falta de fe» en la sociedad actual (en Litvak, 1982: 81).

Pensar España, sus pueblos y sus gentes

Frente a los mitos nacionales (los héroes de la patria, como el Cid, o la leyenda áurea), los escritores del cambio de siglo buscan aprehender el ser de España y de los españoles, acercándose a la realidad concreta y profundizando en el análisis de la vida nacional a través del estudio de los pueblos y sus gentes. El pensar España como problema explica el enfoque costumbrista de muchos de estos relatos y el marcado interés de los autores por determinadas zonas geográficas, en relación directa con sus orígenes: así, la Andalucía de Salvador Rueda –cuyo costumbrismo queda patente en los títulos y subtítulos de sus volúmenes de cuentos: *El patio andaluz*, *Cuadros de costumbres* (1886), *El cielo alegre. Escenas y tipos andaluces* (1887), *Sinfonía callejera*.

¹⁰ En *Acción Libertaria* (Gijón), 26 (7 de julio de 1911). Cito por Litvak (1982: 75-85).

Cuentos y cuadros (1893), *Bajo la parra* (1891), cuya segunda parte se subtitula *Cuadros y cuentos*–; la Andalucía y Extremadura de José Nogales, presente en casi todas sus narraciones; el Levante de Gabriel Miró, Rafael Altamira – especialmente en *Cuentos de levante* (1895) y *Cuadros levantinos* (1897?)– o *Azorín* –en concreto en *Los pueblos* (1905)–; y también, por supuesto, el País Vasco de Miguel de Unamuno y Pío Baroja, en cuyos relatos se hace evidente la exaltación de lo autóctono: en Unamuno sobre todo durante su primera etapa, marcada por el nacionalismo vasco del que luego se desviaría hasta desembocar en un radical centralismo (llama la atención, por ejemplo, la reivindicación de los euskaldunas en «La sangre de Aitor», 1891;¹¹ la visión de las antiguas profesiones en vías de extinción en «Chimbos y chimberos», 1891;¹² o la descripción de las fiestas folklóricas en «San Miguel de Basauri en el arenal de Bilbao», 1892),¹³ y en Baroja, a través del amor al paisaje, tan importante en *Vidas sombrías*, sirviendo de telón de fondo a «Mari Belcha», «Las coles del cementerio», «Grito en el mar» o «Elizabide el vagabundo», y convirtiéndose en el elemento central de «La sima», «El carbonero» y «La venta», donde abundan comentarios como este que transcribo a continuación: «vosotros, vagabundos, caminantes, que no tenéis más amores que la hermosa libertad y el campo; decidme, ¿no es verdad lo que aseguro? ¿No es verdad, decidlo francamente, que las ventas de mi tierra son las más dulces, las más candorosas de este mundo, *el mejor de todos los mundos?*» (Baroja, 1966: 61; la cursiva es mía).

En todos estos relatos importa la región, el pueblo, la aldea, en definitiva, el mundo pequeño de la provincia, alejado de los espacios urbanos donde tienen lugar los ‘grandes acontecimientos’. Se trata de contar la ‘intrahistoria’ –usando el concepto unamuniano–, aquellos sucesos en apariencia nimios pero que perduran en sustancia una vez pasada su actualidad. De esa manera, conmueve a estos autores la sencillez de la vida rural y arcaica, como bien explica Gabriel Miró en la nota que precede a *Del huerto provinciano* (1912):

Yo, más quiero un mediano entendimiento y un corazón sencillo que mire las humildes hermosuras de la vida, que perciba sus menudas y escondidas sensaciones, y que como yo se contente aspirando el olor de la leña quemada y de la sembradura húmeda, y guste del silencio campesino, del vuelo de los palomos y de las gaviotas, de hollar las

¹¹ En *El Nervión* (Bilbao) (14 de septiembre de 1891). Cito por Unamuno (1960: 172-173).

¹² Leído en la Sociedad *El Sitio*, el 1 de mayo de 1891 y publicado en enero de 1892 en *El Nervión*. Cito por Unamuno (1960: 174-193).

¹³ En *El Sitio* (1 de mayo de 1892); luego aparece en *El Nervión* (mayo de 1892). Cito por Unamuno (1960: 194-202).

frescas tierras de los prados, del sueño de las nieblas de los ríos, y estremecerse de santo deleite asomándose a la Creación desde la soledad de una cumbre de serranía... (Miró, 1988: 75).

Así pues, y aunque en general el regeneracionismo confiaba en el progreso, muchos autores manifiestan un militante antiindustrialismo, apegados a los ambientes de la pequeña empresa, pertenecientes a lo que Mainer (1972: 83) llama la «utópica edad media laboral». En este sentido, no resulta extraño que se añoren los tiempos no tan lejanos del precapitalismo, una nostalgia que en ocasiones puede traducirse en desconfianza hacia los avances del progreso científico. Sucede de esta manera en algunos relatos de Miró, entre ellos, «Día campesino» (1908),¹⁴ donde se narra la excursión de dos amigos al campo: mientras uno contempla maravillado la pletórica naturaleza de ese radiante día de primavera, el otro, que es ingeniero, observa el terreno con atenta frialdad porque en él se van a llevar a cabo las reformas de canalización del río, que, sin duda, destruirán el hermoso paisaje (aunque hay que decir que Miró evita el maniqueísmo al responsabilizar a ambos personajes del desequilibrio existente entre hombre y naturaleza).¹⁵ Otro de los relatos de este autor, «En automóvil» (1909),¹⁶ vuelve sobre la arrogancia humana que destruye todo lo que encuentra a su paso; esta vez el automóvil (en ese momento una novedad técnica) funciona como metáfora de la soberbia de los hombres, pues, «audaz, raudo y glorioso», aparece en el relato alterando «la soledad y el silencio de los campos» y confiriendo a los protagonistas, que viajan en él, una exultante sensación de dominio: «No hablábamos; creíamos ser nosotros los que desgarrábamos espacio y distancias arrojándolo todo a nuestra espalda... ¡Éramos fuertes, grandes, heroicos, excelsos!» (Miró, 1988: 78). A toda velocidad adelantan un humilde carro –un «cochecito descubierto, de dos ruedas viejas y flacas»–, asustando a la bestia que tira de él y haciéndola huir, lo que ocasiona la caída del conductor. El contenido aleccionador del final –de vuelta a la ciudad, los personajes descienden del automóvil y se convierten en simples peatones

¹⁴ En *Los Lunes del Imparcial* (13 de julio de 1908) y más tarde en *Del huerto provinciano* (1912). Cito por Miró (1988: 223-230).

¹⁵ Ambos ‘agreden’ el medio natural, no solo el personaje activo (el ingeniero), que no se plantea la comunicación con el paisaje; también el contemplativo al aceptar la invitación de uno de los propietarios que se beneficiarán con la canalización para comer uno de los patos (previo sacrificio) que moran en el río (y que embellecen el paisaje). Como advierte Torres Nebrera (1988: 56), «el placer del gusto, casi la trasgresión de la gula, y el “bien social” a través de los avances técnicos, han puesto (...) en entredicho la solidaria armonía entre el hombre depredador, carnívoro, y la paciente Naturaleza».

¹⁶ Primero aparece en *Los Lunes del Imparcial* (11 de enero de 1909) y, más tarde, se incluye en el volumen *Los amigos, los amantes y la muerte* (1915). Cito por Miró (1988: 77-81).

que tienen que ceder el paso a un carro como aquel que antes habían despreciado- da la medida exacta del ser humano tal y como lo concibe Miró: «¿Vale la pena definirnos con gravedad y minucia si un accidente nos modifica hasta creernos con cincuenta caballos de fuerza? ¡Que será subir en globo y creernos aves gloriosas... y es el globo quien vuela y no el hombre!» (Miró, 1988: 81).

Parecida actitud encontramos en algunos de los relatos de Baroja, como «Bondad oculta», donde la mano del hombre ha destruido el paisaje, antes monte lleno de árboles frondosos y ahora terreno estéril («Ni un helecho, ni una humilde aliaga crecía entre los escombros; en vez de árboles, salían del suelo los soportes de los cables, rígidos y severos, con sus brazos de espectros», Baroja, 1900: 3), o como en «La venta», en el que, frente a los viajeros que disfrutaban de la rústica hospitalidad del País Vasco, están aquellos otros que «corren, que huyen a confundirse pronto en el torbellino de la ciudad, [y que] no conocen las ventas de nuestras provincias vascongadas» (Baroja, 1966: 60).

Por las fechas en las que Unamuno publica «La sangre de Aitor», «Chimbos y chimberos» o «San Miguel de Basauri en el arrenal de Bilbao» todavía creía este escritor que el progreso científico podría remediar los males sociales de España (idea que desarrolla ampliamente en algunos de sus libros de ensayo, como *En torno al casticismo*, 1895). Unamuno no había sufrido aún el duro revés vital (la enfermedad y posterior muerte de su tercer hijo) que le llevaría a sufrir al final de la década de los 90 la profunda crisis personal que trastocaría radicalmente su visión del mundo, haciéndole abjurar del materialismo y abrazar un heterodoxo espiritualismo cristiano (Ródenas de Moya, 2006: X). En los cuentos citados, no obstante, combina dicha fe en el progreso con la visión nostálgica de los modos de vida 'auténticamente' vascos que tienden a desaparecer con la modernización de las ciudades. Así, en «Chimbos y chimberos», el narrador lamenta en parte la transformación del chimbo bilbaíno (nombre festivo por el que se conoce a los habitantes de Bilbao), su progresiva 'urbanización', a la vez que hermana la actividad campesina y la de las fábricas gracias a la belleza que les confiere el esfuerzo y el trabajo:

En la rápida transformación de nuestro pueblo es el chimbero, animal cuasi fósil, penumbra de lo que fue.

El Bilbao de las narrias y de los chimberos se ha transformado en el tranvía urbano y los cazadores de acciones. Ya no se ven por las calles aquellos perritos lanudos, color castaño y hocico fino y andan por ellas olfateando sabuesos, perdigueros, bulldogos y hasta galgos y daneses.

Se va haciendo la paz entre el chimbo campesino y el urbano; aquellos cantan, desde la primavera al otoño, sol que dora las mieses, y a los arrastres de mineral, que matan al buey, mientras elevan las fábricas al espacio el himno fragoroso a la fuerza omnipotente del trabajo, que crea, sostiene, destruye y vivifica todo (Unamuno, 1960: 192-193).

No expresa Unamuno el repudio de la ciudad (este llegaría más adelante, en cuentos como «Mecanópolis», de 1913,¹⁷ en los que el escritor plasma su temor a la deshumanización de la sociedad tecnificada), aunque en sus relatos de esta época sí se contempla la influencia positiva de la naturaleza. También en Baroja, *Azorín*, Miró o Rueda la afinidad de los personajes con el paisaje natural se hace tan íntima que este altera los pensamientos y las emociones de aquellos, apaciguando su espíritu.

«El terruño» (*Cuentos de Levante*, 1895), de Rafael Altamira, expresa dicha armonía entre el hombre y la naturaleza desde una perspectiva abiertamente regeneracionista, pues el relato exalta la vida campesina y la felicidad del trabajo en conformidad con el entorno. Narra la historia de María Pepa, una joven que, por un breve espacio de tiempo, ha dejado Madrid, donde está de sirvienta, para pasar unos días en su pueblo. Si al principio siente disgusto por la falta de comodidades (la cama le parece dura y maloliente, y son pocas las ocasiones que encuentra para lucir las medias de seda que ha traído de la ciudad), bastan tan solo unos pocos días para ver renacer en ella «el sentimiento del campo», seducida por el hermoso paisaje, la alegría de los animales o los olores de la infancia. Redescubrirá la joven el amor por los placeres sencillos, como la algarabía y sincera fraternidad de los campesinos en las fiestas del Carmen (descritas por Altamira con afán costumbrista) o los sabores de las humildes pero sabrosas comidas locales.

De este modo, en María Pepa irá creciendo el apego por la tierra, un apego estimulado por la idea de unirse a su primo Francisco, hacia el que experimenta una atracción en la que coinciden sentimiento y pragmatismo; la vida en la ciudad se le aparecerá, entonces, más incierta que una existencia en el campo, en apariencia menos cómoda, pero, en realidad, más segura: sus señoritos podrían morirle o despedirla, y ella quedarse sola y desamparada, piensa la joven, mientras que en el pueblo, casada con Francisco, sería dueña de su casa y propietaria de unas pocas tierras. Tras una jornada de trabajo (trillar la cosecha de trigo, preparar la comida y solazarse con sus parientes), en María Pepa «todos los recuerdos y los refinamientos de su vida ciudadana se borraron de golpe, y se sintió hija del campo, labradora como su familia y pronta a anegarse en todas las voluptuosidades francas y directas de la mujer de su clase» (Altamira, 2003: 25). Finalmente, de vuelta al pueblo, cuando

¹⁷ En *Los Lunes de El Imparcial* (11 de agosto de 1913). Cito por Unamuno (1960: 124-128).

todos han cenado y dormitan al aire libre, ella y Francisco reforman «proyectos en que el amor y el interés iban mezclados sin envidia»: «El terruño había vencido a la ciudad» (Altamira, 2003: 26).

La impronta regeneracionista se percibe también en la elección de los personajes, pues la dimensión del hombre es acorde con la del pequeño espacio del pueblo, la región o la provincia. Frente a la odiada figura del cacique, los escritores regeneracionistas presentan la del patriarca, en la medida en que este representa la faceta positiva del rico hacendado, cuyos bienes son fruto de su esfuerzo y trabajo: Nogales en «Las tres cosas del tío Juan» (1900)¹⁸ o en «El tinto y el blanco» (1901),¹⁹ y *Azorín* en «Sarrio» y «La muerte de un amigo: Sarrio» (*Los pueblos*, 1905). Frente al tipo de personaje activo, inmerso en el discurrir histórico, presentan el personaje contemplativo, cuya vida va pasando sin sobresaltos, de manera sencilla y monótona, y en armonía con el entorno: en esta categoría destacan ‘los mansos’ de Unamuno, como los protagonistas de «Solitaña» (1889),²⁰ «Juan Manso» (1892),²¹ o «El lego Juan» (1898),²² que encarnan «el ansia unamuniana (...) de sumergirse en el olvido, descansar, descender por el río del tiempo al mar de la eternidad, donde todo se disuelve sin destruirse y la muerte no existe» (Stevens, 1974: 305-306). Frente al burgués ocioso, presentan anónimos héroes del trabajo en los que la sociedad apenas repara, como los humildes personajes de «En la estación. I. El jefe» y «En la estación. II. El maquinista» (*Tinta negra*), de Joaquín Dicenta. Frente a los egoístas de corazón, presentan criaturas bondadosas, como en «El señor Augusto» (1910),²³ «La compasión» (1910)²⁴ y sobre todo «El señor maestro» (1909),²⁵ de Gabriel Miró. Su protagonista, que trata de inculcar a sus alumnos el amor hacia todos los elementos de la naturaleza, acaba siendo víctima de la crueldad de su propio hijo: este, que es sacerdote de una humilde parroquia de la diócesis valenciana, vuelve al hogar familiar tras

¹⁸ El cuento ganó el primer premio de *El Liberal*, el 30 de enero de 1900 y se publicó más tarde, en 1916, en la editorial Mateu (Madrid). Cito por Nogales (1926: 13-24)

¹⁹ En *Blanco y Negro* (26 de enero de 1901). Cito por Nogales (1992: 39-43).

²⁰ Originariamente en la *Ilustración de Álava* (agosto de 1889) y luego en el volumen *El espejo de la muerte* (1913). Cito por Unamuno (1960: 157-166).

²¹ En *El Nervión* (22 de mayo de 1892). Cito por Unamuno (1960: 144-148).

²² En *El Progreso* (9 de enero de 1898). Cito por Unamuno (1960: 154-156).

²³ Aparece en *Caras y Caretas* (Buenos Aires) (2 de julio de 1910), y luego se incluye en *Del huerto provinciano* (1912). Cito por Miró (1988: 149-155).

²⁴ Primero se publica en el *Heraldo de Madrid* (25 de marzo de 1910) y más tarde en *Del huerto provinciano* (1912). Cito por Miró (1988: 247-251).

²⁵ En el *Heraldo de Madrid* (16 de febrero de 1909) y luego en *Del huerto provinciano* (1912). Cito por Miró (1988: 211-217).

años de separación y mata de un disparo al cuervo Arturo, única compañía del maestro desde su viudez:

De súbito obscureció el portal una negra figura. Y pasó el señor vicario.

-¡Toda la tarde andando para matar allá arriba este pobre bicho!

Y el clérigo arrojó desdeñosamente al suelo un cuervo muerto.

-¡Hijo Arturo, hijo Artu...!

Y el señor maestro sollozó (Miró, 1988: 217).

Como advierte Torres Nebrera (1988: 53-54), ofreciendo una certera interpretación del cuento, «se invierte la situación normal, pero coherente con el mundo presentado en el texto, al adjudicar la expresión devaluadora “negra figura”, al cura (la que debía corresponder al cuervo en función de las connotaciones negativas que generalmente tiene) y hace llamar hijo no a quien realmente es por causas genéticas (pero aquí verdugo, voluntad sanguinaria, destructiva) sino al mismo cuervo».

Soluciones y reformas

La intención reformadora de los autores regeneracionistas se expresó, a menudo, en la propuesta de soluciones concretas, como prescribir higiene y alimentación para poner remedio a la miseria moral del país. En este sentido, la educación (a través de la familia y la escuela) fue para muchos el principal caballo de batalla del regeneracionismo. De ello da cuenta un buen número de relatos, como «La receta» (*Cuentos ingenuos*, 1909), de Felipe Trigo, o «El maestro de Carrasqueda» (1903),²⁶ de Miguel de Unamuno, donde se traza la trayectoria de un humilde profesor desde su llegada al pueblo y se narran las dificultades por las que éste pasó durante el ejercicio de sus funciones:

Lo primero enseñarles a que se lavaran: suciedad por donde quiera, suciedad e ignorancia. Había que mondarles el cuerpo y la mente; quitar, más que poner, tanto en esta como en aquel.

Con los mayores no se podía, pues a todo paraban el golpe con un ¡eso no pinta aquí! «Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena», era su refrán favorito. Que se cubrieran los estercoleros de abono; que no los dejaran en montoncitos sobre las tierras; que..., ¡bah!, ¡bah!, ¡bah! ¡Querer enseñarles labranza, a ellos, labradores desde siempre!... «Señor nuestro, enseñe el Catecismo a los niños, y luego, si

²⁶ En *La Lectura* (julio de 1903). Cito por Unamuno (1960: 112-117).

hay tiempo, a leer y escribir, y déjese de andróminas!» (Unamuno, 1960: 113).

Al cabo de los años, su triunfo —tal vez el único— lo encarna el antiguo estudiante Ramón Quejana, a la sazón un político que, desencantado, acaba regresando al pueblo. En su visita al viejo profesor (este ya muy mayor y a las puertas de la muerte), termina convirtiéndose en el depositario de las esperanzas de regeneración, pues, antes de morir, el maestro le pide que no ceda al desánimo y asuma su legado:

Las voces perdidas y muertas resucitarán un día y formarán coro, un coro inmenso que llene el infinito... Me voy de esta España, de la terrestre, de la que fluye, a la otra España, a la España celestial... Ya sabes que el cielo envuelve a la tierra... ¡Habla y enseña aunque no te oigan...! Soy una voz que se apaga en el desierto... ¡Adiós, hijo mío! (Unamuno, 1960: 116-117).

También hay en Miró voluntad pedagógica, entendida como punto de arranque de toda regeneración individual y social. Muestra el alicantino, tal y como observa Altisent (1988: 102), «más concomitancias con el pensamiento noventayochista, especialmente con el de Unamuno, de las que normalmente se le atribuyen», aunque su regeneracionismo resulta más difuso, al presentar un cierto distanciamiento irónico: por ejemplo, en «La niña del cuévano» (1908),²⁷ donde dos amigos tratan de convencer a una niña (pobre e ignorante) de que debe respetar a todas las criaturas de la naturaleza, a lo que esta responde aplastando el hervidero de hormigas que sepultan el insecto que poco antes ella misma había matado, poniendo en evidencia a los ridículos e improvisados pedagogos; o en el ya antes citado «La compasión», en el que reaparece la visión excesivamente trascendente de la naturaleza, esta vez en boca de don Isidro, un venerable anciano que trata de educar a sus nietos en el amor hacia todos los seres, por lo que se siente plenamente realizado cuando los niños, para salvar a una araña herida, le dan de comer una mosca, sin percatarse —hasta que el más pequeño de los niños se lo hace notar— de que para que viva este insecto otro debe morir.

Por otra parte, muchas de las soluciones que propuso el pensamiento regeneracionista se orientaron hacia las reformas agrarias y fiscales, ideadas para modernizar el trabajo en el campo, la gran asignatura pendiente de la política española desde la revolución burguesa. Aunque en los cuentos no abunda esta temática, sí aparecen algunas alusiones a determinadas medidas

²⁷ En el *Heraldo de Madrid* (29 de mayo de 1908) y luego en *Los amigos, los amantes y la muerte* (1915). Cito por Miró (1988: 239-245).

de progreso, como las técnicas de regadío, en «La fiesta del agua» (*Cuentos de Levante*), de Rafael Altamira, donde Miguel y su esposa contemplan, extasiados, el momento del riego como si se tratara de un ritual.

En los relatos de la época la perspectiva regeneracionista se aprecia sobre todo en la exaltación del trabajo como motor del avance social y en el rechazo de la aristocracia ociosa. De ahí que se reivindicase con tanta frecuencia la figura del rico hacendado, cuyos bienes son fruto de su esfuerzo, y también la del humilde trabajador que con voluntad y empeño puede contribuir a sacar al país de su marasmo. Esta es la razón de que *Silverio Lanza* denigre a aquellos que, sin merecerlo, disfrutaban de privilegios adquiridos por posición o herencia –y no por méritos propios–, convirtiendo a la nobleza en el blanco de sus críticas. Una actitud cuanto menos curiosa, pues *Silverio Lanza* descendía de una ilustre familia de militares (su verdadero nombre era Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa Folch de Cardona y Pérez de Grandallana), por lo que tal vez resolvió la aparente contradicción entre su origen social y sus ideas políticas en la elección del pseudónimo, con el que siempre firmaba.

En «Cuento inverosímil» (*Para mis amigos*), puede contrastarse la opinión de este autor acerca de las cuestiones sociales a través de la figura de su protagonista, Eduardo Lara, marqués de Valfermoso, quien, tras regresar a su castillo, solo y arruinado, desciende a la cripta donde descansan sus antepasados (el fundador de la saga, un jurisconsulto, un general y un obispo) y les propone el siguiente trato: ofrece su vida y juventud a aquel que pueda devolver su antiguo esplendor al decadente marquesado. Eduardo Lara entra en una tumba, los muertos cobran vida y salen al mundo, regresando al poco tiempo decepcionados de la sociedad del momento: el jurisconsulto se queja de los magistrados y las leyes, de la libertad y la democracia; el general se burla de los ejércitos y de los pueblos que prefieren la paz a la guerra; el obispo critica la indiferencia religiosa. El único que no vuelve a la cripta es el fundador, Pedro Lara, que en su lugar hace llegar una carta en la que resume las razones de la actual decadencia, así como sus ideas de reforma:

Mis queridos parientes, os agradezco vuestra retirada, porque así me hallo con todo el vigor del joven que ocupa mi fosa.

Desde mi vida anterior hasta la presente se han conservado costumbres e instituciones inútiles, y otros privilegios más o menos odiosos, pero no se ha hecho nada para proteger al que trabaja. Ni existe el derecho al trabajo, ni el trabajar es virtud social, aunque lo sea en todos los códigos morales.

A pesar de esto, hoy como entonces y como siempre, el porvenir es del que trabaja.

Cortando pinos puse a mi hijo en condiciones de ser marqués; pues ahora fundiendo hierro pondré a mis descendientes en condiciones de que no necesiten del marquesado para ser personas respetables.

Adiós. Vuestro afectísimo. Pedro (*Silverio Lanza*, 2006: 120).

La escueta firma –únicamente el nombre de pila- expresa la confianza –extraña, por otra parte, en *Silverio Lanza*, más bien pesimista en sus formulaciones- en la regeneración del país a través del esfuerzo individual y el mérito que confiere el trabajo.

También desde una perspectiva simbólica, aunque sin salirse de los márgenes del realismo, «Las tres cosas del tío Juan», de José Nogales, plantea los requisitos para una regeneración nacional. Se trata de uno de los cuentos más importantes de esta tendencia y probablemente uno de los más leídos en la época, ya que obtuvo el primer premio en el concurso de relatos organizado por *El liberal* el año 1900, proclamándose vencedor entre los seiscientos sesenta y siete textos presentados. Este cuento del entonces casi desconocido autor sedujo al jurado (compuesto por los académicos de la lengua Juan Valera, José Echegaray e Isidoro Fernández Flórez *Fenanflor*), entre otras razones por su temática, como se explica en el fallo, logrando desbancar a importantes rivales como Emilia Pardo Bazán, cuyo cuento «La Chucha» obtuvo el accésit, o «Satanás», de Ramón del Valle-Inclán, que, aunque no ganó ningún premio, fue valorado muy positivamente por los jueces.

«Las tres cosas del tío Juan» aborda el tema de la decadencia nacional y las soluciones que, de aplicarse, pondrían remedio a los problemas de España y que, tal y como sintetiza García-Valdecasas (1980: 106), pueden resumirse en: centrar los ojos en la patria, mejorar su agricultura y trabajar sin cesar. De esta manera, y siguiendo una trama en apariencia sentimental (Apolinar quiere casarse con Lucía, la hija del tío Juan), el relato plantea las condiciones para que la boda (simbólicamente la regeneración del país) pueda llevarse a cabo:

Las tres cosas que pido son estas –dice el tío Juan a Apolinar-: que me traigan todos los días la primera gallinaza que suelte el gallo al romper por el alba, para hacer un remedio de este dolor de ijares que me quita el resuello de cuando en cuando; que al que tenga ese querer, véalo yo una vez siquiera trincar un bocado de hierba sin doblar los corvejones, ni acularse ni tenderse; que el tal me dé candela en la palma de la

mano el día de mi santo por la mañana, y esto ha de ser con sosiego, sin hacer bailes, ni meneos, ni soplar, ni sacudir (Nogales, 1926: 18).

Acorde con los deseos de su futuro suegro, Apolinar irá descubriendo el valor del trabajo, ya que, para cumplir su promesa, tendrá que madrugar (recoger la primera gallinaza del día), ser un jornalero más (criar fuerza en el espinazo para poder agacharse sin doblar la espalda) y aplicarse con esmero en las labores del campo (hasta encallecer las manos). Descubrirá también la belleza de la tierra y la satisfacción de ser merecedor de lo propio: verá cómo al atardecer el campo parece complacido «con la ofrenda del sudor humano que riega el terrón y fecundiza el mundo»; cómo, tras el trabajo, el paisaje parece gritarle: «Todo es tuyo; regocíjate, o no eres hombre!»; cómo antes su vida era absurda, carente de sentido: «¡Malditos los tabernáculos, que nos chupan el tiempo y no nos dejan ver esta gloria, esta bendición de Dios derramada por los campos» (Nogales, 1926: 20); cómo en el trabajo el individuo se humaniza y aprende a apiadarse del prójimo y de los más desfavorecidos, viendo nacer en él «un sentimiento de infinita piedad hacia el jornalero desheredado, que todos los días, a cambio de unos cuartos roñosos, aumenta el caudal ajeno con bárbaro derroche de su propia vida» (Nogales, 1926: 21-22).

Tras el invierno y con la llegada de la primavera, Apolinar enfrenta su prueba el día fijado: lleva al tío Juan la primera gallinaza del día, le trae unas amapolas y, después de tirarlas al suelo, las recoge con la boca sin doblar las piernas ni agacharse, y, para acabar, le da lumbre con la palma de la mano sin sentir ningún dolor porque su piel se ha curtido por el trabajo. El didactismo final no puede ser más explícito, pues, tras conceder su permiso para que se celebre la boda, el tío Juan, dirigiéndose a todos, remata el relato con el siguiente parlamento:

-¿Sabéis lo que soñé esta noche?. Pues que yo era el Padre Eterno, y esta mi cordera era la España, y yo se la daba a una gente nueva, recién venía no sé de aónde, con la barriga llena, los ojos relucientes, con callos en las manos y el azaón al hombro...

Un alarido triunfal hendió como dardo sonoro el aire azul de aquella serena mañana del estío. El sol, deslumbrante, caía en la lluvia de oro sobre los aperos de labranza; dos mariposas de color de fuego volaban bajo el fresco toldo de pámpanos, y el alegre repique de las campanas parecía responder, allá, en lo alto, al alborozo de la raza nueva, de la raza fuerte, que abría un fecundo surco de amor en la llanura humana (Nogales, 1926: 24).

Ácratas y escépticos

En las inquietudes regeneracionistas de muchos de los escritores del cambio de siglo el influjo del pensamiento utópico (sobre todo el proveniente del socialismo y el anarquismo) desempeñó un papel esencial. Cabe recordar, a propósito, el fugaz paso de Unamuno por el PSOE, el anarquismo inicial de *Azorín* –tan *sui generis* como el de *Silverio Lanza*– o el heterodoxo socialismo antropológico de Felipe Trigo –mezcla de fourierismo y saintsimonianismo–. Aunque, con el tiempo, la mayoría de ellos se distanciaría de sus ideales de juventud, las ideologías revolucionarias dejaron su impronta en el espíritu reformador de los autores y, por lo tanto, en muchos de sus textos.

El anarquismo fue el movimiento que ejerció mayor influencia (se difunde en España a partir de la Revolución de 1868), dada la ‘natural’ coincidencia de intereses entre los intelectuales y el proletariado, en la medida en que ambos se sentían víctimas del mercantilismo burgués; además, como apunta Litvak (1982: 11), los intelectuales se identificaban con los anarquistas «en su protesta contra la alienación del trabajo y el egoísmo imperante en la sociedad burguesa, así como en su exaltación de la libertad, la rebeldía y el individualismo creador». Por ello, hasta 1905-1910 fue muy habitual encontrar las firmas de escritores ‘profesionales’ en las diversas publicaciones del movimiento, especialmente en *La Revista Blanca*, de la cual Federico Urales era el director y donde colaboraron, entre otros, Miguel de Unamuno, *Azorín*, Eduardo Marquina y Joaquín Dicenta. Aunque hay que decir que el anarquismo de estos autores fue más estético que político y que, por esta razón, tuvieron especial interés en sumar la reivindicación de la obra libre de trabas a las reivindicaciones de tipo social o político (Lida, 1970).

No obstante, algunos temas de la prensa obrera influyeron en la literatura social de los anarquistas literarios: la falta de caridad y la indiferencia social, la figura del delincuente, la sociedad como organismo culpable, la defensa de la libertad individual y la condena de las instituciones fueron asuntos recurrentes en los textos de la época. El anarquismo como ideología también se vio representado; entre los numerosos ejemplos, merece la pena destacarse «Buen Jabón» (*Para mis amigos*), de *Silverio Lanza*, donde se ofrece el retrato de una familia que (literalmente) practica la anarquía: «Desconocemos nuestros derechos y nuestros deberes. Tenemos conciencia de que nos queremos mucho y nada más. Hemos suprimido el abuso y no hemos necesitado del principio de autoridad» (*Silverio Lanza*, 2006: 121), proclaman sus miembros. En casa, cuando no hay visitas, se divierten ensayando los procedimientos filosóficos y científicos en boga, en este caso un juicio oral, a través del cual se parodia el sistema legislativo y

judicial de la sociedad democrática: el procesado es el hijo; el Jurado, la esposa; el ujier, Robustiana (la criada que nadie trata como tal); el presidente, el padre; el fiscal, el gorrión; el acusador privado, el gallo; y el abogado de la defensa, el perro Jabón. Finalmente, el acusado se manifiesta socialista anárquico porque dicho movimiento «pretende hacer la felicidad de todos los hombres y el socialismo de clase busca la de unos cuantos para imponerse a los restantes, aprovechándose de la asociación y de todos los medios legales» (*Silverio Lanza*, 2006: 126).

Por su parte, José Francés, en «Ley de amor» (*Miedo*, 1909), transcribe el discurso de la joven anarquista Marta a unos aldeanos acerca del derecho de todos a ser felices, libres e iguales los unos a los otros. Y Antonio Machado, en «Gentes de mi tierra» (1912),²⁸ traza el retrato de Casares, un militante anarquista de ideales puros, al que mueve exclusivamente el afán de justicia que acabará pagando con el destierro: desde la dirección de un periódico ácrata de su provincia natal, denuncia los desmanes del cacique de la comarca, ganándose la enemistad de este y del canónigo; ya en la capital, funda el periódico *El Zurriago*, desde el cual la emprende con patronos y capitalistas; de ahí a la cárcel y después, una vez recobrada la libertad, pasa por varios destinos hasta crear *El Vergajo*, un periódico comunista a través del cual Casares «aconsejaba a los trabajadores del campo que se comieran crudos a los propietarios rurales», lo que le vale una paliza encargada por los mismos propietarios rurales y, lo que es peor, por mediación de los trabajadores del campo; tras el suceso, huye a Valencia, donde hace campaña antimilitarista, y luego a Barcelona, donde es perseguido a raíz de la Semana Trágica; finalmente, se refugia en Francia, país en el que, a pesar de sufrir todo tipo de penalidades económicas, también saca tiempo para asistir a mítines y asambleas anarquistas, poniéndose en grave peligro de expulsión. Aunque la semblanza del personaje posee evidentes trazas cómicas, el narrador lo trata con conmiseración y honda simpatía, hasta el punto de contraponerlo a otro ‘arquetipo nacional’, Perico Lija, personaje sin escrúpulos, capaz de adaptar sus ideas a las de su interlocutor y decir siempre lo que le conviene decir, procurando «no indisponerse con nadie antes de obtener alguna ventaja o utilidad» (A. Machado, 1989: 1498).

Otro de los tópicos anarquistas que llamaron la atención de los escritores del cambio de siglo fue el estudio del delincuente —*Azorín* dedicó a este propósito su ensayo *La sociología criminal* (1899)—, figura que protagoniza

²⁸ Aparece en *La Tribuna* con el título de «Casares», el 20 de febrero de 1912 y luego en el *Mundial Magazine*, el 26 de junio de 1913 con el título «Perico Lija». Cito por A. Machado (1989: 1493-1500).

numerosos textos de la época bajo la perspectiva del determinismo social, ya que, como advierte Litvak (1990: 340), para el anarquismo:

El delito es el producto de una organización social que con vicios como la desigualdad y la propiedad, violenta la naturaleza humana. La sociedad crea malhechores, los lleva al crimen, y luego los castiga despiadadamente. Así pues, cualquier defensa que ellos [los anarquistas literarios] hagan de un acto delictivo, se convierte en un ataque a una sociedad basada en un sistema de privilegios y en la propiedad.

Esta idea aparece ampliamente desarrollada en uno de los textos más comprometidos de Felipe Trigo, «La toga» (1898),²⁹ en el que se aborda la cuestión del determinismo social en la formación de los delincuentes: en la extensa digresión que anticipa la escueta historia (el narrador contempla el cadáver de un hombre ajusticiado), se insiste en la ausencia de predisposición genética al crimen, contraviniendo algunas de las ideas que, en ese momento, estaban en boga y que fueron popularizadas sobre todo por los trabajos del médico y criminólogo italiano Cesare Lombroso sobre el innatismo criminal:

Yo me he fijado alguna vez en los chiquillos de *El belaldo* [*El heraldo*, pronunciado de este modo por los niños que venden periódicos en la calle]. Los hay rubios, con caras bonitas y tan dulces como las de todos los niños de tres años. Sus bocas sonríen con ingenuidad confiada y sus ojos son vivos e inteligentes. Piden una pelilla o brindan su mercancía alargando la manita aterida, a no importa quién, con la amorosa gracia con que pedirían un beso a sus padres, si los conocieran. He buscado con insistencia entre ellos al criminal nato, de Lombroso, para conocerlo así, pequeñito. En vano. Frentes abultadas y sortijillas de seda..., como todos los niños, en fin (Trigo, 1998: 80).

El orden público, en consecuencia, es enteramente responsable de la evolución de estos niños, a los que trata con indiferencia, propinándoles de vez en cuando algunos puntapiés como ineficaz reprimenda a las primeras fechorías (pequeños hurtos); algo más crecidos, los envía una temporada a la cárcel (a consecuencia de un robo o un navajazo), de donde salen convertidos en asesinos potenciales, para terminar su carrera ajusticiados por haber cometido un crimen mayor:

²⁹ Aparece en *Vida nueva*, 2 (19 de junio de 1898), y luego se incluye en el volumen *Cuentos ingenuos* (1909). Cito por Trigo (1998: 79-83).

Y efectivamente, entra poco después en el calabozo; le pesan y miden los antropólogos; encuentran que tiene la frente deprimida, el pelo lanoso y áspero, las orejas en asa y los pómulos salientes. No recuerdan ya que cuando pequeñín tenía la cabeza de los angelillos, cuando pregonaba *El belaldo*, ni recuerdan que la ferocidad de su sonrisa con dientes de caballo había sido primero, «en boca de niño, sonrisa de amor».

-¡Criminal nato! -gritan los antropólogos.

Porque, eso sí; la ciencia es rotunda.

Ha terminado su carrera. Se le viste la ropa y el birrete de los ajusticiados. Es decir, la toga (Trigo, 1998: 81-82).

Tras todas estas reflexiones, el narrador refiere la escena, contemplada por él mismo y protagonizada por «un hombre con bonete y sotana negra, sentado junto a un palo, agarrotado por el pescuezo y con la lengua fuera», cuyas ropas le recuerdan a las suyas propias, pues él también lleva toga, aunque en su caso se trata de un traje talar. La identificación entre los dos personajes gracias a este detalle refuerza la denuncia de la sociedad y la visión de esta como origen y causa del delincuente: tal vez ambos individuos –se dice el narrador- empezaron su carrera al mismo tiempo, uno en el regazo de la madre y el otro en el desprecio de la humanidad; de haber sucedido lo contrario, «yo sería entonces el ahorcado –piensa el narrador del relato-, y el ahorcado el doctor» (Trigo, 1998: 83).

Parecidos planteamientos hallamos en los cuentos de Dicenta incluidos en *Tinta negra* sobre esta temática: así, «Desde la reja», en el que el narrador observa a través de los cristales de la redacción de *El Resumen*, el periódico donde trabaja, la multitud de hombres y mujeres que se detiene en los alrededores de la imprenta y malvive en la calle; o «La flor del pantano», que aborda el motivo de la prostitución a través de la figura de una hermosa niña que pide limosna y cuyo triste futuro parece estar ya trazado.

De todos estos textos se desprende la inutilidad de los mecanismos represivos, especialmente de la prisión (y su último extremo: la pena capital), cuya sola idea resulta repugnante para la mentalidad ácrata, pues coarta la libertad del individuo, sustento y base de la dignidad humana. Desde esta perspectiva, la concepción de la ley resulta artificial y engañosa porque funciona como un instrumento de protección para el poderoso a costa del débil (Litvak, 1990: 344). Muy explícitamente, *Silverio Lanza* denuncia su efecto pernicioso en el relato ya citado «¿Cuál es la ley?», y Dicenta en «Desde la reja», donde la legislación condena a los pobres a acabar en la cárcel, si son hombres, y en el hospital y luego en la fosa común, si son

mujeres: «Tal es la ley: ley espantosa que pesa sobre este montón anónimo de seres humanos que se agitan en el abandono y en la ignorancia, mientras las eminencias de guardarropía pronuncian en Sociedades y Ateneos discursos que nada resuelven» (Dicenta, 1892: 210).

También *Azorín* explora esta cuestión en «La ley» (*Bohemia*, 1897), cuento de tintes melodramáticos donde se contraponen la ley del amor a la ley social: la protagonista, tras ser abandonada por su esposo, se enamora de otro hombre con el que acaba viviendo, hasta que el marido legal le reclama la hija que tuvieron juntos. La mujer perderá injustamente a la niña, ya que «no podía ser su padre quien tan solo se preocupara de engendrarla por el placer, abandonando luego a la madre. No era su hija; lo era del otro, que no la había engendrado, pero que la educó, formando su voluntad para el trabajo y su inteligencia para la verdad y el bien» (*Azorín*, 1975: 165). «Una vida» (*Bohemia*), del mismo autor, resume la confrontación (irreconciliable) entre la mentalidad burguesa, formada en el respeto a las leyes que la regula, y la mentalidad ácrata, en este caso encarnada por el personaje protagonista, un joven enfermo, al que su familia acosa por «ser rebelde contra todo convencionalismo, contra todo dogma, contra toda ley» (*Azorín*, 1975: 175) y que, ante la incompreensión de los suyos, acaba suicidándose.

En este contexto resulta frecuente la llamada a la rebelión contra las estructuras de poder, incluyendo el sistema legislativo. Como indicaba Litvak en el fragmento referido más arriba, la defensa del crimen que hacen algunos anarquistas literarios tiene el sentido de atacar las normas de la sociedad burguesa. Ocurre de este modo en «El hijo del camino» (1893), de Jacinto Octavio Picón,³⁰ en el que Juan (personaje que encarna a los desposeídos) asalta la casa de una rica y hermosa mujer, ante la ineficacia de los argumentos ofrecidos por un juez, un sacerdote y un militar que tratan de disuadirlo y representan los tres estamentos sociales encargados de reprimir al individuo: el primero le pide paciencia (que adquiera instrucción y cultura para poder ejercer sus derechos), el sacerdote le exige que sufra y espere a la otra vida, y el militar lo amenaza con matarlo si sigue adelante con su plan. La respuesta de Juan no se hace esperar y la casa salta por los aires, quedando todo destruido y Luz, la propietaria, desfigurada, deforme y mutilada.

Esporádicamente otros cuentos invitan a la lucha armada, como el relato alegórico «Cristo nuevo» (*Dinamita cerebral*), de *Azorín*, en el que Jesús descende de la cruz y exhorta a un creyente que está rezando de rodillas delante de él para que se levante y luche. O, desde una perspectiva más reformista, «Desde la reja», en el que Dicenta advierte acerca del potencial

³⁰ Aparece en *La Anarquía*, 139 (10 de mayo de 1893) y 140 (18 de mayo de 1893). Se incluye luego en *Dinamita cerebral* (s. a.). Cito por Litvak (1982: 123-129).

revolucionario de la masa oprimida: «Instruid, moralizad a esa muchedumbre; sacadla del embrutecimiento en que vive, despejad las sombras que la envuelve, y tendréis hombres, en vez de cosas» (Dicenta, 1892: 211), de lo contrario -si los políticos no hacen nada para cambiar el actual estado de cosas-, esa masa un día podría recordar que tiene manos y voz.

Por último, el anarquismo aporta a los textos en la órbita del regeneracionismo la representación de la sociedad utópica: es el caso de «Piedad postrera» (*Vidas sombrías*), de Baroja, «La prehistoria» (*Dinamita cerebral*), de *Azorín*, o «La nueva utopía» (1890), de Ricardo Mella,³¹ relatos que trazan una realidad producto de una profunda conmoción social que ha acontecido tiempo atrás y ha transformado el viejo mundo en un mundo perfecto, cuyas únicas leyes son la libertad, la armonía, la igualdad, la paz y la abundancia.

No obstante la clara inspiración anarquista de muchos de estos relatos, se advierte también el progresivo desencanto político que afectó a los autores cambioseculares. La ausencia de fe en la Revolución Social y una al parecer inevitable tendencia al nihilismo fueron determinantes en la evolución ideológica de estos escritores: hacia 1900 Unamuno se aleja del Partido Socialista, desembocado en el antiprogresismo y el espiritualismo agónico que a partir de ese momento caracterizará su obra; *Azorín*, de su anarquismo militante –que origina el libro *Anarquistas literarios* (1895) o la defensa de la acción en, por ejemplo, *La voluntad* (1902)- pasa al escepticismo y de ahí al conservadurismo y la política parlamentaria (en 1907 es diputado por Maura y en 1915 por La Cierva); Baroja, a pesar de su fugaz militancia en el partido republicano radical de Lerroux, pareció estar siempre en desacuerdo con los gobiernos que le tocó vivir decantándose por una especie de anarquismo teórico sin posibilidades de aplicación práctica; *Silverio Lanza*, por su parte, se sintió atraído por las ideologías emancipatorias de su tiempo, sin abrazar plenamente ninguna, inclinándose ya a las puertas del siglo XX por un muy particular anarquismo individualista enfocado a recusar el estado y el orden establecido, pero sin capacidad para articular un pensamiento que fuera afín a ningún credo político.

Casi todos, en definitiva, acabaron caracterizándose por su escepticismo y desconfianza en los sistemas de organización colectiva o social, especialmente el último de los autores referidos, de todos los citados el más politizado y, al mismo tiempo, el que terminó manifestando un nihilismo más radical. De la política de su tiempo *Silverio Lanza* acabó por

³¹ Aparece en el *Segundo Certamen socialista. Honor a los Mártires de Chicago*, Barcelona, Grupo 11 de noviembre, 1890. Cito por Litvak (1982: 162-193).

decir, en «¡Peste de huesos!» (1899),³² lo siguiente: «Yo he obedecido a cuatro reyes, dos regentes, dos repúblicas y un gobierno provisional, y todos me han dado un día de esperanza al llegar, un día de dolor al gobernarme y un día de placer cuando se fueron» (*Silverio Lanza*, 2006: 150); hasta abjurar de todas las ideologías, incluso de aquellas que una vez lo sedujeron, de la manera en que lo expresa en «De socioscopia. El estímulo» (1909),³³ donde define a los socialistas como «ese amontonamiento de obreros sin selección, que quiere imponerse a todos los hombres y a todo lo justo» y a los anarquistas como «derrotados lúgubres que han alejado del taller la alegría, y prostituido las hermosas ideas anárquicas» (*Silverio Lanza*, 2006: 154).

La trayectoria dibujada en estas páginas pone de manifiesto cómo la voluntad regeneracionista de un buen número de autores de la época acabó topándose con una situación histórica escasamente permeable a los cambios. Hacia 1910 se haría evidente hasta qué punto la actitud preocupada que se reflejaba en sus obras apenas había encontrado eco en la sociedad: la capacidad de intervención del artista se revelaba casi nula, fracasando el inicial propósito de trascender las circunstancias inmediatas.

ANA CASAS
UNIVERSITAT POMPEU FABRA, BARCELONA

³² En *Revista Nueva*, II. 19 (1899). Cito por *Silverio Lanza* (2006: 149-152).

³³ En *Prometeo*, II. 5 (1909). Cito por *Silverio Lanza* (2006: 153-158).

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, Rafael. (2003). *Cuentos de Levante y otros cuentos*. Barcelona. Thule.
- ALTISENT, Marta E. (1988). «Introducción». *La narrativa breve de Gabriel Miró y Antología de cuentos*. Barcelona. Anthropos. 11-230.
- AMORÓS, Juan Bautista (*Silverio Lanza*). (2006). *¡Peste de huesos! y otros textos*. Ed. Antonio Fernández Molina. Zaragoza. Libros del Innombrable.
- ARREGUI ZAMORANO, María Teresa. (1998). *Estructuras y técnicas narrativas en el cuento literario de la generación del 98: Unamuno, Azorín y Baroja*. Pamplona: Eunsa.
- Azorín*. Ver Martínez Ruiz, José.
- BAROJA, Pío. (1900). *Vidas sombrías*. Madrid. s.n. [Imprenta de Antonio Marzo].
- . (1966). *Cuentos*. Madrid. Alianza.
- DICENTA, Joaquín. (1892). *Tinta negra*. Madrid. Librería de Fernando de Fé.
- DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, José M. (1989). «Introducción». *Obras completas I. El año triste. Silverio Lanza*. Madrid. Orígenes. 5-35.
- GARCÍA-REYES, José. (1979). *Silverio Lanza: Entre el realismo y la generación del 98*. Universidad de Salamanca.
- GARCÍA-VALDECASAS, Amelia. (1980). «Reivindicación de José Nogales: su figura y su obra literaria». *Revista de Literatura*. XLII. 83. 93-130.
- GRANJEL, Luis S. (1966). «Retrato de Silverio Lanza. Vida y obra de Juan Bautista Amorós». *Silverio Lanza. Obra selecta*. Juan Bautista Amorós. Madrid/Barcelona. Alfaguara. 9-130.
- LIDA, Clara E. (1970). «Literatura anarquista y anarquismo literario». *Nueva Revista de Filología Hispánica*. XIX. 2. 360-381.
- LITVAK, Lily. (1982). «El cuento anarquista. Estudio preliminar». *El cuento anarquista (1880-1911)*. *Antología*. Ed. Lily Litvak. Madrid. Taurus. 7-50.
- . (1990). *España 1900 (Modernismo, anarquismo y fin de siglo)*. Barcelona: Anthropos.
- MACHADO, Antonio. (1989). *Poesía y prosa. Tomo III. Prosas completas (1893-1936)*. Ed. Oreste Macrí. Madrid. Espasa Calpe / Fundación Antonio Machado.
- MACHADO, Manuel. (1999). *Cuentos completos*. Ed. Rafael Alarcón Sierra. Madrid. Clan.
- MAINER, José-Carlos. (1972). *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*. Madrid. Edicusa.
- MARTÍNEZ RUIZ, José (*Azorín*). (1975). *Obras completas. Tomo I*. Ed. Ángel Cruz Rueda. Madrid: Aguilar.
- MIRÓ, Gabriel. (1988). *Del huerto provinciano*. Ed. Gregorio Torres Nebrera. Badajoz. Universidad de Extremadura.
- NOGALES, José. (1926). *Cuentos*. Madrid. Atlántida.

———. (1988). *El ángel de nieve y otros cuentos andaluces*. Ed. Amelia García-Valdecasas. Sevilla. Guadalmena.

———. (1992). *Cuentos rurales y legendarios*. Ed. Amelia García-Valdecasas. Sevilla. Guadalmena.

PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe y Milagros Rodríguez Cáceres. (1982). *Manual de literatura española, IX. Generación de fin de siglo: prosistas*. Tafalla. CÉNLIT Ediciones.

PICÓN, Jacinto Octavio. (1892). *Novelitas*. Madrid. La España Editorial.

RÓDENAS DE MOYA, Domingo. (2006). «El arte narrativo de un titán». *Abel Sánchez, San Manuel Bueno, mártir, Cómo se hace una novela y otras prosas*. Miguel de Unamuno. Barcelona. Crítica. VII-CVII.

ROMERO TOBAR, Leonardo. (1977). «La novela regeneracionista en la última década del siglo». *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*. Eds. Mercedes Etreros, María Isabel Montesinos y Leonardo Romero Tobar. Madrid. CSIC, Anejos de Revista de Literatura. 135-209.

Silverio Lanza. Ver Amorós, Juan Bautista.

STEVENS, Harriet S. (1974). «Los cuentos de Unamuno». *Miguel de Unamuno*. Ed. Antonio Sánchez Barbudo. Madrid. Taurus. 297-319.

TORRES NEBRERA, Gregorio. (1988). «Prólogo». *Del huerto provinciano*. Gabriel Miró. Cáceres. Universidad de Extremadura. 7-72.

TRIGO, Felipe. (1998). *Cuentos ingenuos*. Ed. José María Fernández Gutiérrez. Madrid: Clan.

UNAMUNO, Miguel de. (1960). *Cuentos*. Ed. Eleanor Kraune Paucker. Madrid. Minotauro.

VVAA. (1982). *El cuento anarquista (1880-1911). Antología*. Ed. Lily Litvak. Madrid. Taurus.